

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

MAS ARRIBA

EL BLANCO REDUCTO

DESDE la Aguja del Mediodía, coronada hoy por una torre de repetición televisiva, se enfrenta uno, de cara al Mont Blanc, con el más impresionante panorama alpino del continente. A la Aguja se asciende por teleférico desde Chamonix en menos de veinte minutos de trayecto. Allí, desde una altura cercana a los tres mil metros se descubre en días despejados el alcance y extensión de este blanco reducto de Europa que se llaman los Alpes. La altura solitaria invita de suyo a la meditación. Ascender con elevador mecánico permite recorrer las zonas de vegetación diversa que corresponden, como estratos, a los cambiantes niveles. Primero, la arboleda de follación peredece; después, el oscuro bosque de las coníferas; finalmente, la extinción de las especies donde el viento, el hielo y las rocas impiden la vida vegetal. Surge más arriba la nieve, el glaciar, la mar sólida de las cumbres, inmovilizada en apariencia, aunque rampante; océano fijo de olas cristalinas y brillantes: espejo de soles, deslumbrador. Sobre la inmensidad glacial, un cielo azul, transparente, surcado por águilas y enclma, con su estela en pluma, por los aviones comerciales que cruzan Europa en dirección Norte-Sur.

La gran montaña es como un símbolo de la otra ascensión, la espiritual. Los místicos la evocaban como imagen de su exaltación interior. Tiene la cumbre algo de reverente y de misterioso. Subir representa no sólo gigantesco esfuerzo, sino también riesgo de malestar físico, de mal de montaña, de «puna» como dicen los andinos. Altera el equilibrio del hombre ascender demasiado, mirar a Dios, cara a cara. El sol quema, sin advertirlo; el aire corta; el oxígeno escasea. No hay plantas. Apenas líquenes y musgos. La fauna se reduce a unas manadas de ibex y, en niveles más bajos, la perdiz blanca, el arriño, la marmota. En la ascesis del espíritu, también se pierde en cada escalón, contacto con la vida animal y vegetal, camino de las cotas altas. La contemplación de la cima es, a un tiempo, goce y temor; placer, y sobrecogedora admiración.

El blanco reducto es el colchete sobre el que gira la máquina de Europa. Tiene mil docientos kilómetros de largo y doscientos de ancho. Y la enorme reserva de agua de sus nieves y

hielos alimenta los ríos que fecundan los pueblos claves de la historia de Occidente, el Ródano, el Rin, el Danubio, el Po. De allí sale todo. Este gigantesco circo de montañas origina las vías fluviales de Francia, de Alemania, de Austria-Hungría y Rumanía, de Italia. Sin Alpes sería distinta la entera geografía física de Occidente.

Como el día es radiante, la vista alcanza distancias inconcebibles. El valle de Aosta, riante y florecido está casi al pie. La Lombardia se adivina a la derecha del colorado Monte Rosa. El Cervino se yergue solitario y retorcido. Más allá asoman los Dolomitas, el Tirol, la Jungfrau. Dos mil años de historia empapan estos vericuetos de anécdotas guerreras, de gestas legendarias, de recuerdos biográficos. Por aquí, Aníbal, venido desde España con sus elefantes que en gran número se despeñaron y al final de la serie, Bonaparte, con su ejército de Italia que semejaba columna de cartujos guardando silencio absoluto para no desencadenar las avalanchas. En uno de los escondidos valles, en Sís-Maria de la Engadina, deambulaba Nietzsche, enloquecido, vaciando el cielo de dioses. En otro nido aguilero, al Norte, Adolfo Hitler soñaba delirios milenarios, creyéndose, él mismo, dios de los arios. Las cuatro grandes dinastías, Habsburgo, Saboya, Baviera y Borgoña se nutren del Alpe y de sus alrededores y en torno a la gigantesca muralla de piedra reposan muchos de sus panteones familiares. La misma neutralidad de los suizos ¿no es un producto resultante del equilibrio de los demás? ¿Una especie de zona franca europea en la que de común acuerdo, durante las últimas grandes matanzas fratricidas —la de 1914 y la de 1939— los beligerantes más enconados respetaron un territorio para que en él no se consumaran las bestiales locuras del resto de Europa?

En este magno cataclismo geológico que hizo surgir de las entrañas profundas de la tierra cadenas y picachos en amontonada proliferación, hubo algo de providencial destino. El círculo de las montañas fue como un dique material en que vinieron a romperse las diversas olas invasoras primero, y más tarde representó una frontera colectiva en que iban integrándose lentamente las diversas culturas. La dura Alemania, la moderna Aus-

tria, la bullente Italia, la refinada Francia, se dieron cita en torno al ruedo de las rocas nevadas, buscando entre sus valles y lagos el camino del entendimiento. Desde la cumbre se comprende sintéticamente el proceso, aún mejor que desde el avión que, por demasiado rápido y alto, desconecta al hombre del entorno terreno. Parecería como si el Alpe albergara bajo sus nevadas cimas el secreto del Continente del que naciera la civilización moderna. La perspectiva montañera me recuerda el título de una obra de René Sedillot, «Sobrevuelo de la Historia de Europa», libro que suelo hojear de vez en cuando para repasar los complejos procesos que una y otra vez trataron de unificarnos a los hijos intelectuales de Grecia y de Roma y a los ungidos con la fe de Cristo. Sedillot llega a la conclusión, en su notable síntesis, de que nunca hubo una verdadera Europa y que por ello resulta difícil definirla. «Europa —escribe— es a lo sumo una comunidad de civilizaciones». Y como la civilización avanza, retrocede, está llena de dinamismo y no respeta fronteras, no existe una sino que hay muchas Europas superpuestas en el tiempo, de las que hoy día, la versión última, la confieren la Europa de los burócratas —que tanto irritaba a de Gaulle— y la Europa de las empresas industriales sobre la que se apoya esencialmente el Mercado Común.

Europa es hoy eso y es también un subsuelo común de libertades democráticas, de pueblos con sufragio plural y libre, de sociedades abiertas con turno de poder para los diversos grupos políticos, de convivencia bajo la ley en Estados de derecho sociales. Arde todavía el rescoldo del nacionalismo atávico en ocasiones, erizando la piel de los países, con accesos de fiebre patriótica. Pero la revolución tecnológica va creando en impresionante avance las nuevas estructuras de la industria, del transporte, de la energía, a escala continental, modificando formas de pensamiento y hábitos de vida en espectacular sucesión de realizaciones. En el altar de Europa —como llamó Michelet a los Alpes— habrá que sacrificar muchos egoísmos y prejuicios de horizonte limitado para alcanzar un día la dilatada perspectiva de la unidad.

José María de AREILZA

DE UNO U OTRO TIEMPO

RUDIMENTOS DE ETICA

EN mis remotos estudios de bachillerato todavía existía una asignatura con este título: «Rudimentos de Etica». Y me temo que se trataba de unos «rudimentos» considerablemente «rudimentarios», porque ni siquiera recuerdo de qué iba la cosa. La legislación pedagógica de la época intentaba, sin duda, inculcar a los chicos unas cuantas nociones de sana moral y, de paso, justificar los preceptos impartidos. No sé. En todo caso, las «éticas» tienden a eso. Al menos, a eso han tendido hasta hace cuatro días. Hoy, debe de ser muy diferente el planteamiento. Quizá no llegue a serlo a nivel escolar, pero supongo que los teóricos del ramo se ven obligados a dar otro enfoque a la materia. Todos estamos de acuerdo en que vivimos un tiempo de «crisis», de «cambio», quizá de «revolución» —el lector puede elegir la palabra que más le guste—, y es evidente que el terreno de la «moral» ofrece los ejemplos mayormente vistosos de la situación. La «moral», o sea «las costumbres» —«mores»—, está sufriendo patéticas sacudidas. En orden al sexo, al negocio, a la política, al trato familiar, a todo, la gente se comporta con una desenvoltura inédita. O al menos, contrasta con lo que era habitual en las generaciones precedentes. Y lo más significativo es que nadie se preocupa demasiado por encontrar una fórmula «doctrinal» que fije o asuma el giro que toman los acontecimientos. Los cateóricos de la especialidad, en sus libros, se limitan a reconocer el desbarajuste y a especular sobre sus implicaciones. ¿Qué «rudimentos de Etica» serán posibles, a estas alturas?

No se me malentienda: no he intentado insinuar que las «costumbres» de ahora son más depravadas que las de antaño, y valga el adjetivo «depravadas» como una ayuda provisional para entendernos. No, ni mucho menos. En principio, «sempre han tingut bec les oques». Y luego, más bien parece advertirse una propensión general a ser morigerados en diversos aspectos de la actividad tradicionalmente estimada «pecaminosa». Pensemos, por ejemplo, en el esquema «ético» más popularizado: el del catecismo parroquial. Los siete pecados capitales no conservan actualmente la misma vigencia que en tiempos de Eiximenis o del padre Claret: la gula ha entrado en decadencia, por escrupulos de higiene; los iracundos van al psiquiatra y se curan; la pereza ha de tener otro sentido en la sociedad industrial o postindustrial, y no digamos ya la avaricia; la envidia se ha convertido en «espíritu de competición»; la soberbia persiste, pero con tantos disimulos que nadie se da cuenta que lo es. Sólo queda en pie la lujuria: eso sí. Nuestros abuelos eran «peores» que nosotros, en un juicio global. La novedad reside en otros aspectos. Dejemos a un lado la valoración religiosa: contra los siete vicios hay siete virtudes, según me enseñaron. Los «vicios» son mediocres, y las «virtudes» también. De hecho, las mismas palabras «vicio» y «virtud» se difuminan. Y esto es lo que importa.

El problema de los interesados en la «Etica» es que el objeto de su «ciencia» se les escurre de las manos. La población subordinada, dócil y a la vez expeditiva, sale del paso como Dios

le da a entender y sin ponerse demasiadas piedras en el higado. Una parte de los antiguos «pecados» se secularizan en la medida en que obtienen una gravedad civil clara: son pertenencia de conflictos sociales y políticos, y la astucia o la violencia se encargan de sancionarlos, si a tanto llegan. Las relaciones entre la «ética» y la «política», pongo por caso, son meramente académicas. Los demás «pecados», más individualizables y privados, se centran en un «valor» básico: la vida. Digo «vida» como lo diría un médico o un biólogo. Una ojeada a las polémicas más frecuentes que, en el sector de la «moral», se producen en todas partes, nos informa que lo que se discute es el alcance del término «vida» y la jerarquía de preferencias que en su torno quepa establecer. De ahí que los debates se centren en asuntos muy vinculados al «cuerpo»: la eutanasia, el aborto, los anticonceptivos, la droga, la guerra, las «minorías sexuales», el hambre del Tercer Mundo, la eugenesia, y mil inquietudes más, incluyendo —en determinados sectores— el celibato eclesiástico. Lo malo es que, de momento, no parece que haya una posibilidad segura de puntualizar qué «vida» —qué tipo o especie de vida— merece la «preferencia» sobre las otras formas de «vida» que la contradicen. Si la «ética» puede seguir siendo algo, habrá de ser un consejo en este ámbito casuístico.

Por lo general, cuando hablamos de estas cuestiones, se interfieren bastantes factores de índole sentimental, nada desdénables, por cierto. Cada cual responde a su modo: destituida

la Etica —una u otra, pero con mayúscula—. «cada cual» se queja de donde le aprieta el zapato, y es muy lógico. El egoísmo de la propia «vida» sirve de fundamento a lo demás. Había falta un enunciado drástico y feroz para que empezásemos a descubrir la insalvable dificultad del embrollo. Me parece que fue Paul Valéry quien, quizá sin imaginar el riesgo «moral» —«ético»— de su hipótesis, puso el dedo en la llaga. Valéry sugirió este dramático, horripilante «futurible»: ¿Y si para curar el cáncer la Medicina más circunspecta recetase comer riñones salteados de recién nacido?... Riñones de niño, exactamente. Y, si no riñones, otra viscera infantil. ¿Qué haríamos los adultos, solidarios en una enfermedad de adultos?... Por fortuna, la amenaza no viene de este ángulo, y la química sería capaz de proporcionar sucedáneos adecuados. No habría que llegar a los extremos del sarcasmo de Swift, cuando recomendaba comer chuletas de muchacho para resolver las angustias demográficas de la Irlanda del XVIII. No. Pero la alternativa se presenta con una odiosa virulencia: o devorar un bebé o que alguien muera de un tumor maligno. Lo demás —eutanasia y eugenesia, aborto y anticonceptivo, esto o lo otro— son episodios subalternos: preferir una vida a otra vida. ¿Cuál a cuál, y por qué? Ahí está el intrínseco... «Rudimentos de Etica»...

Joan FUSTER

ESI

Escuela Superior de Informática,
le formará en esta nueva profesión.

- Seminarios de programación y análisis
- Prácticas con nuestros ordenadores realizadas en SERESCO, S. A.
- Alto porcentaje de colocados

PIDALO Y LE PREPARAREMOS UNA VISITA INFORMATIVA A NUESTROS ORDENADORES

bit S.A./Manila, 49 Tel. 203 68 50 Barcelona

PAPELES PINTADOS

«CRESTA» SUPERLAVABLES

Aquí encontrará siempre los papeles pintados de la máxima calidad desde 60 ptas. Rollo de 10 metros a 1.500. Enamorados, 38 y Galileo, 278. T. 225-18-04 y 245-95-50

¿NO VE UD. BIEN?
Compre sus gafas en
OPTICA CLARAMUNT
PINO, 6

Curso de JAPONES

«Práctico»,
en el I. S. I.

- Dirigido al hombre de negocios y quienes aprecian su tiempo.
 - Clases para comprender y expresarse en sus contactos empresariales.
 - Orientación Técnico-Bibliográfica.
 - Grupos muy reducidos.
- Horario: 6.30 a 7.30 tarde
Información e inscripciones:

INSTITUTO SUPERIOR DE IDIOMAS
Edificio Tusset - Tusset, 26, 7.ª planta
Tels. 217 30 58 - 228 71 41 - Barcelona-8

CLUB DE Vacaciones

AHORA PUEDE DESCANSAR

	8 o 15 días en desde	6.625 ptas.
CANARIAS	»	1.950 »
MALLORCA	»	8.050 »
COSTA DEL SOL	»	11.250 »
MARRUECOS	»	13.450 »
CRUCERO semanal	»	

Incluyendo viaje en AVION, estancia en hoteles seleccionados traslados y asistencia de guías
SOLICITE NUESTRO FOLLETO
Información y reservas

CLUB DE TURISMO SOCIAL
SERVICIO TECNICO

EURTRAVEL - Avenida de la Catedral, 5
Tel. 231 46 03 - BARCELONA (2)